

Nicolái Gógol

Historias de  
San Petersburgo

Traducción de  
Juan López-Morillas

ALIANZA EDITORIAL

Títulos originales: *Newski Prospekt. Portret. Zapiski sumaschédshego. Nos. Shinel*

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girrad  
Imagen: © Album

Revisión de la transcripción del ruso de Esther Arias Valor

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© De la traducción: Herederos de Juan López-Morillas  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1998, 2016  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15;  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)  
ISBN: 978-84-9104-439-0  
Depósito legal: M. 18.094-2016  
Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE  
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

## La avenida Nevski

Nada hay tan hermoso como la avenida Nevski, por lo menos en San Petersburgo; porque en San Petersburgo esa avenida lo es todo. Y, vamos a ver, ¿hay algo más gozoso, más brillante, más resplandeciente que esta bella arteria de nuestra capital? Tengo la seguridad de que ninguno de sus pálidos habitantes, ninguno de sus funcionarios públicos, cambiaría la avenida Nevski por todos los bienes de este mundo. No sólo el joven de veintisiete años con su lindo bigote y su levita de corte impecable, sino el individuo de barba blanca y cabeza lisa como bola de billar..., sí, incluso ése se entusiasma con la avenida Nevski. ¿Y las señoras?... ¡Ah, en cuanto a las señoras, la avenida Nevski es motivo de mayor gozo aún! ¿Pero hay acaso alguien que no se sienta conmovido y encantado por ella? Apenas se entra en la avenida Nevski se percibe su ambiente carnavalesco. Incluso si alguien tiene algún asunto importante y necesario que atender, lo más seguro es que lo olvidará tan pronto como ponga el pie en ella. Éste es el único lugar de la ciudad en que la gente no se encuentra en él por motivo de negocios, por necesidad o por el afán de lucro que parece haberse enseñoreado de todo San Petersburgo. Diríase que el individuo con quien se tropieza en la avenida Nevski es menos egoísta que otro a quien se encuentra en cual-

quier otra calle, donde la necesidad, la ambición y la avaricia pueden leerse en los rostros de los paseantes a pie, en carruaje o en coche de punto. La avenida Nevski es el centro de comunicación de todo San Petersburgo. Cualquiera que viva en San Petersburgo o en el distrito de Vyborg y que no haya visto durante años a un amigo en Peski o en la Barrera de Peaje de Moscú puede estar seguro de que allí tropezará con él. No hay guía callejera u oficina de información que facilite datos más exactos que la avenida Nevski. ¡Todopoderosa avenida Nevski! El único sitio de San Petersburgo donde un pobre hombre puede combinar el paseo con la diversión. ¡Qué impecablemente limpias están sus aceras y, Dios santo, cuántos pies dejan sus señales en ellas! Aquí está la huella que ha dejado la bota zafia y sucia de un exsoldado, bajo cuyo peso el granito mismo parece haberse resquebrajado; y aquí está otra que ha dejado el minúsculo zapato, ligero como pluma, de la deliciosa muchacha que vuelve su cabecita hacia el brillante escaparate como el girasol la vuelve hacia el sol; y aquí está el hondo arañazo que ha dejado el sable de algún ambicioso teniente... Todo deja su impronta en la acera, sea como indicio de fuerza o de debilidad. ¡Qué fugaz fantasmagoría pasa sobre ella en el curso de un solo día! ¡Cuántos cambios no experimentará durante tan sólo veinticuatro horas!

Empecemos con la mañana temprano, cuando San Petersburgo entero exhala un aroma de pan caliente, recién salido del horno, y está lleno de viejas harapientas que acuden a las iglesias y piden limosna a los compasivos transeúntes. A esa hora la avenida Nevski está desierta: los rollizos comerciantes y sus dependientes están todavía dormidos en sus camiones de

fino lienzo, o se están enjabonando las nobles mejillas, o están tomando café; los mendigos se agolpan a las puertas de las pastelerías, donde un soñoliento Ganimedes, que la víspera volaba como mosca de un sitio para otro con las tazas de chocolate, se arrastra ahora escoba en mano, sin corbata, y les arroja algunos pasteles rancios y otras sobras. Los trabajadores caminan por las calles: de vez en cuando atraviesan la avenida campesinos rusos, que van apresurados a su trabajo en botas tan sucias de cal que ni siquiera el agua del canal Yekaterinski, famosa por su limpidez, podría eliminar. A esa hora no es conveniente que las señoras salgan a pasear, porque a los obreros y los campesinos rusos les gusta expresarse en un lenguaje vigoroso que ni siquiera se oye en el teatro. De vez en cuando, un funcionario público adormilado pasará de largo con una cartera bajo el brazo si el camino a su oficina requiere que cruce la avenida Nevski. De hecho, puede afirmarse categóricamente que a esa hora, o sea, hasta las doce, la avenida Nevski no es un fin, sino sólo un medio; poco a poco se va llenando de gente que tiene sus propios quehaceres, sus propias preocupaciones, sus propios desengaños, pero que no piensa en absoluto en ella. El campesino ruso habla de los pocos kópeks que gana; los viejos y las viejas dan manotazos en el aire o hablan consigo mismos, a veces con gestos pintorescos, pero nadie les hace caso ni se ríe de ellos, salvo quizá los chicuelos que en delantales de vivos colores corren a lo largo de la avenida Nevski con botellas vacías o botas remendadas. A esa hora puede usted ir vestido como le venga en gana. Puede llevar gorro en vez de sombrero, y aun si el cuello de su camisa sobresale de la corbata, nadie lo notará.

A las doce, la avenida Nevski es invadida por institutrices de todas las naciones con los pupilos a su cargo con cuellos de batista. Johnsons inglesas y Coques francesas van del brazo con los jovencitos bajo su maternal custodia, explicándoles con grave decoro que las muestras de los establecimientos están allí para que la gente sepa lo que puede encontrar dentro de ellos. Ayas, *misses* pálidas y esclavas de mejillas sonrosadas caminan muy estiradas tras las muchachitas esbeltas y bulliciosas, diciéndoles que levanten un poco más el hombro y que anden más derechas. En resumen, a esa hora la avenida Nevski es una avenida pedagógica. Pero a medida que se acercan las dos de la tarde disminuye el número de tutores, institutrices y niños, hasta que por fin se ven superados por sus amantes padres que van del brazo de sus nerviosas cónyuges, ataviadas con lujosos y deslumbrantes vestidos de todos los colores imaginables. Pronto se agregarán a ellos otras personas que ya para entonces habrán concluido todos sus importantes compromisos domésticos, tales como hablar con sus médicos acerca del tiempo y del pequeño grano que de repente les ha salido en la nariz; o enterarse de la salud de sus caballos y sus hijos, quienes, dicho sea de paso, parecen siempre prometer mucho; o leer en los periódicos las noticias y los anuncios importantes de llegadas y salidas; o, por último, beber una taza de té o café. A ellos se unirán seguidamente aquellos a quienes un benévolo destino ha conferido la bendita condición de funcionarios de negocios especiales, como también aquellos que sirven en el Ministerio de Asuntos Exteriores, quienes se distinguen, muy en particular, por la elegancia de sus modales y sus nobles costumbres. ¡Dios mío, cuántos maravi-

llosos empleos y cargos hay! ¡Cómo fomentan y deleitan el alma humana! Pero, ¡ay!, yo no pertenezco a la Administración Pública y, por consiguiente, me siento privado del placer de apreciar los exquisitos modos de obrar de mis superiores. Quienquiera que ahora se encuentra en la avenida Nevski es un dechado de respetabilidad; los caballeros en largas levitas con las manos en los bolsillos; las señoras en redingotes y sombreros blancos, o de color de rosa o azul pálido. Aquí encontrará usted el más estupendo surtido de patillas, un par excepcional de patillas remetidas con arte increíble y extraordinario bajo la corbata, patillas aterciopeladas, patillas asaetinadas y patillas negras como el carbón, estas últimas, ¡ay!, propiedad exclusiva de los caballeros del Ministerio de Asuntos Exteriores. La Providencia ha negado las patillas negras a quienes sirven en cualquier otro ministerio, y con gran pesadumbre suya tienen que usar patillas rojizas. Aquí encuentra usted bigotes tan prodigiosos que no hay pluma ni pincel que pueda hacerles justicia, bigotes a los que ha sido consagrada la mitad de una vida, que han sido objeto día y noche de largas horas de desvelo; bigotes a los que se han aplicado todos los perfumes de Arabia, las fragancias y esencias más exquisitas, y que han sido ungidos con las pomadas más raras y preciosas; bigotes que por la noche son envueltos en la más delicada vitela; bigotes a los que sus propietarios muestran un conmovedor afecto y que son la envidia de cuantos los contemplan. Millares de toda clase de sombreros, vestidos, pañuelos multicolores, livianos como sutilísima gasa, a los que a veces sus poseedores permanecen fieles durante dos días enteros, deslumbran todos los ojos en la avenida Nevski. Diríase que de pronto todo un

mar de mariposas ha alzado el vuelo desde los tallos de las flores y revolotea en nube rutilante sobre los negros escarabajos del sexo masculino. Aquí encuentra uno talles como ni en sueños los ha visto jamás; talles angostos, sutiles, talles no más anchos que el cuello de una botella, talles que le obligan a uno a echarse a un lado cortésmente cuando se encuentra con ellos por temor a lastimarlos con algún indelicado movimiento del codo; se le encoge a uno el corazón de aprensión y horror sólo de pensar que estos deliciosos productos de la naturaleza y el arte pudieran quebrarse en dos con el solo aliento de los labios. ¿Y las mangas de las señoras que encuentra uno en la avenida Nevski? ¡Oh, qué mangas tan bellas! Le hacen pensar a uno en algo así como dos globos, y parece como si de pronto la señora pudiera levantarse en el aire si no la retuviera el caballero que camina a su lado; porque es tan deliciosamente fácil levantar a una señora en el aire como llevarse a los labios una copa de champaña.

En ningún sitio se inclina la gente para saludar con tan exquisito y natural donaire como en la avenida Nevski. Aquí encuentra uno una sonrisa única, una sonrisa que es la perfección misma, una sonrisa que a veces hará que uno se derrita de gusto, pero que otras veces hará que de repente agache uno la cabeza de vergüenza y se sienta más bajo que una brizna de hierba, y que otras veces le hará erguir la cabeza y sentirse más alto que la aguja del edificio del Almirantazgo. Aquí encuentra uno gente que habla del tiempo o de un concierto con un garbo que es el colmo de la buena crianza y con una dignidad que refleja el sentido de su propia importancia. Aquí tropieza uno con un millar de los individuos más raros, y presencia

un millar de los más extraños incidentes. ¡Ay, Señor, qué sujetos más singulares encuentra uno en la avenida Nevski! Hay, por ejemplo, mucha gente que al cruzarse con uno clavará la mirada en sus botas y que, cuando ya ha pasado, se volverá para mirar los faldones de su levita. Todavía no he logrado dar con la causa de ello. Al principio pensé que quizá fuesen zapateros, pero me equivoqué, claro está; son en su mayoría funcionarios de diferentes ministerios, muchos de los cuales son hombres muy capaces que pueden enviar excelentes informes de un ministerio a otro, o son gente que pasa el tiempo deambulando o leyendo periódicos en los cafés; de hecho, es gente sumamente respetable. En esa hora bendita entre las dos y las tres de la tarde, cuando la capital entera parece estar dando un paseo por la avenida Nevski, ésta se convierte en la exposición más notable de todas las mejores producciones humanas. Una persona exhibe un elegante gabán con cuello de la mejor piel de castor, otra una nariz de bello perfil griego, una tercera admirables patillas, una cuarta un par de hermosísimos ojos y un sombrero verdaderamente maravilloso, una quinta una sortija con sello en un dedito de lo más encantador, una sexta un pie en un delicioso zapatito, una séptima una corbata que despierta la admiración de quien la ve, una octava un bigote que le deja a uno turulato. Pero cuando el reloj marca las tres se cierra la exposición y la muchedumbre empieza a disolverse...

A las tres se produce un nuevo cambio. La primavera se presenta de repente en la avenida Nevski, que queda cubierta de funcionarios en uniformes de color verde. Consejeros titulares, de Corte y de otro género, caminan lo más deprisa que pueden. Jóvenes registra-

dores colegiados, secretarios provinciales y colegiados hacen cuanto pueden a fin de pasarse por la avenida Nevski con un aire decoroso que parece desmentir el hecho de que han estado sentados en una oficina durante seis horas seguidas. Pero los secretarios colegiados y los consejeros titulares y de Corte de edad madura caminan deprisa con la cabeza gacha: no pueden malgastar tiempo mirando a los transeúntes; no han logrado todavía desentenderse plenamente de sus desvelos burocráticos; sus ideas están aún terriblemente embrolladas; tienen la cabeza repleta de archivos enteros de asuntos empezados pero aún no acabados; en lugar de letreros, lo que ven durante largo tiempo son ficheros llenos de papeles o el rostro mofletudo del jefe de su departamento.

A partir de las cuatro la avenida Nevski queda vacía y apenas se ve en ella a algún funcionario público. Alguna costurera de una tienda atravesará corriendo la avenida con una caja en la mano; o alguna víctima infeliz de un humanitario registrador arrojada al mundo en un abrigo de frisa; o algún visitante excéntrico para quien todas las horas son iguales; o alguna inglesa alta y flaca con un bolso y un libro en la mano; o algún obrero ruso, con un chaquetón alto de cintura, de algodón asargado, con una barba estrecha, que vive parcamente toda su vida, hombre en el que todo se mueve —espalda, brazos, piernas, cabeza— cuando respetuosamente camina por la acera; o a veces un humilde artesano...; a nadie más encontrará usted en la avenida Nevski.

Pero tan pronto como el anochecer desciende sobre las casas y las calles, y el farolero, cubierto de tela burda, se encarama en su escalerilla para encender el

farol, y los grabados que no osaban mostrarse durante el día aparecen en los escaparates bajos, la avenida Nevski vuelve de nuevo a la vida y todo empieza a desperezarse; es entonces cuando llega el tiempo misterioso en que los faroles callejeros confieren a todo una luz mágica y seductora. Ahora tropieza uno con muchos hombres jóvenes, en su mayoría solteros, con levitas de abrigo y gabanes. A esa hora se echa de ver en el ambiente cierta finalidad, o algo semejante a finalidad. Es algo muy difícil de explicar: todo el mundo parece andar mucho más deprisa, todo el mundo parece extrañamente agitado. Largas sombras se deslizan por las aceras y las paredes, y sus cabezas casi rozan con el Puente de la Policía. Jóvenes registradores colegiados, secretarios provinciales y colegiados suben y bajan por la avenida durante largo rato; pero los registradores colegiados de edad madura y los consejeros titulares y de Corte permanecen casi todos en sus casas, bien porque están casados y tienen familia o porque los cocineros alemanes que viven con ellos son maestros en el arte culinario.

Aquí encuentra uno a los mismos caballeros de edad avanzada que a las dos de la tarde paseaban por la avenida Nevski con decoro y dignidad tan admirables. Ahora los verá usted compitiendo con los registradores colegiados jóvenes en alcanzar a alguna señora y verle la cara por debajo del sombrero, señora cuyas mejillas y labios carnosos teñidos de colorete muchos de los paseantes encuentran irresistiblemente atrayentes, especialmente los encargados de tiendas, los artesanos y los comerciantes con levitas de corte alemán, que caminan en grupos y por lo general del brazo.

—¡Espera! —gritó el teniente Pirogov en un anoche-  
cer como ése, cogiendo del brazo a un joven que iba  
junto a él en chaqueta recortada y capa—, ¿la has visto?

—Sí. ¡Qué criatura tan maravillosa! ¡Se parece a la  
Bianca de Perugino!

—¿De quién hablas?

—¿Pues de quién va a ser? De esa muchacha, la del  
pelo oscuro y los ojos maravillosos. ¡Oh, qué ojos tan  
admirables! ¡Qué porte, qué tipo tan estupendo, qué  
perfil tan perfecto!

—¡Pero si yo estoy hablando de la rubia que pasó  
junto a ella por ese lado! ¿Por qué no vas tú tras la  
morena si te gusta tanto?

—¡Pero qué dices! —exclamó, ruborizándose, el jo-  
ven de la chaqueta recortada—. ¡Como si fuera una de  
esas mujeres que hacen la carrera al anocheecer por la  
avenida Nevski! Debe de ser una señora de la alta so-  
ciedad —agregó, suspirando—. Tan sólo la capa valdrá  
ochenta rublos.

—¡No seas tonto! —dijo Pirogov, dándole un violento  
empujón hacia donde a lo lejos ondeaba la capa de vi-  
vos colores—. Anda, idiota, o perderás la ocasión. Yo  
voy detrás de la rubia.

Los dos amigos se separaron.

«Bien sabemos nosotros lo que sois», decía para  
sus adentros Pirogov con sonrisa fatua y confiada,  
convencido de que no había mujer en este mundo  
que pudiera resistírsele.

El joven en levita recortada y capa partió, un tanto  
nervioso y trémulo, en la dirección en que ondeaba a  
lo lejos la capa de vivos colores, iluminada brillante-  
mente cada vez que se acercaba a un farol callejero y  
hundíéndose en la oscuridad tan pronto como se ale-

jaba de él. Con el corazón latiéndole con rapidez, aceleró inconscientemente el paso. No se le ocurrió una sola vez la idea de que pudiera pretender en alguna medida la atención de la hermosa muchacha que desaparecía a lo lejos; y mucho menos podía aceptar la horrible suposición implícita en la grosera indirecta del teniente Pirogov. Todo lo que quería era ver la casa de la encantadora criatura que parecía haber bajado volando directamente del cielo a la avenida Nevski y que con toda probabilidad emprendería de nuevo el vuelo hacia quién sabe dónde. ¡Oh, si al menos supiera dónde vivía! Caminaba tan deprisa que de continuo empujaba fuera de la acera a caballeros de digno porte y grises patillas.

Este joven pertenecía a la clase de individuos que son un fenómeno tan infrecuente en nuestro país que bien pueden considerarse como excepcionales, y no son más ciudadanos de San Petersburgo que las gentes que vemos en sueños son parte del mundo real. Esta clase de gente tan excepcional es especialmente rara en una ciudad en que los habitantes son funcionarios públicos, o bien comerciantes o artesanos alemanes. Era artista. Extraño fenómeno, ¿verdad? ¡Un artista petersburgués! ¡Un artista en el país de las nieves! ¡Un artista en el país de los finlandeses, donde todo es húmedo, llano, monótono, pálido, gris, neblinoso!... Estos artistas no se parecen en nada a los artistas italianos, que son orgullosos y ardientes, como Italia y sus cielos; muy al contrario, son en su mayoría inofensivos, hombres mansos, tímidos y acomodaticios, consagrados humildemente a su arte, que beben su té con un par de amigos en una pequeña habitación, hablando modestamente de su tema favorito, y satisfie-

chos con un mínimo de sustento y comodidad. Para modelo se sirven de alguna vieja mendiga, haciéndola posar seis horas seguidas con el solo fin de trasladar al lienzo su semblante impasible, entumecido y miserable. Les gusta pintar el interior de sus habitaciones con toda clase de cachivaches de taller de pintor: manos y pies de escayola de color café con leche por causa del polvo y la edad, un caballete roto, una paleta desechada, un amigo tocando la guitarra, paredes cubiertas de pintura, y una ventana abierta por la cual se puede vislumbrar un trozo del pálido Nevá y unos pobres pescadores en camisas rojas. Todo lo que pintan tiene un matiz grisáceo, sucio, la imborrable impresión del norte. Pero, a despecho de todo ello, trabajan en sus cuadros con verdadero placer. Son muy a menudo hombres de talento, y si respirasen el aire de Italia se habrían abierto probablemente tan plena, amplia y espléndidamente como se abre una planta que ha sido sacada al aire libre después de haber estado en el interior de una casa durante largo tiempo. Son por lo común muy tímidos: una condecoración y una gruesa charretera les causan tan honda confusión que involuntariamente reducen el precio de sus cuadros. A veces, el deseo de vestir con elegancia les resulta irresistible, pero por algún motivo, esa elegancia nunca les sienta bien, y parece como si hubieran puesto remiendos nuevos a prendas viejas. Muy a menudo irán ataviados con una excelente levita y una capa sucia, o con un costoso chaleco de terciopelo y un frac cubierto de pintura: por lo mismo que en uno de sus paisajes inacabados verá usted a veces una ninfa dibujada con la cabeza boca abajo; por no hallar otro sitio, el artista la pintó en el viejo trasfon-

do de otra de sus obras a la que en tiempos había aplicado muchas horas felices. Un artista de este género no le mira a uno nunca de frente, y si lo hace será con ojos desvaídos y lánguidos. No le traspasa a uno con la mirada aguda de un observador, o con la mirada penetrante, como de halcón, de un oficial de caballería. Ello se debe a que cuando le está mirando a uno las facciones, ve al mismo tiempo las de algún Hércules de escayola que tiene en su taller; o bien, puede estar pensando en algún cuadro que proyecta pintar. Ello a menudo dificulta muchísimo descifrar sus respuestas, que en ocasiones resultan, en efecto, incomprensibles. Y el hecho de que está pensando continuamente en varias cosas a la vez sólo acrecienta su timidez natural.

El artista Piskariov, que es el joven que hemos presentado, pertenecía a esta clase de gente. Era un sujeto sumamente tímido e inofensivo que llevaba en su pecho la chispa que en ocasión oportuna podía convertirse en llama. Corrió tras la muchacha que tan honda impresión le había causado, pero con un secreto recelo, y parecía sorprendido de su propia impertinencia. La desconocida, en la que estaban concentrados sus ojos, pensamientos y sentimientos, volvió de pronto la cabeza y le miró. ¡Oh, Dios santo, qué facciones tan divinas! Su encantadora frente de una blancura deslumbrante estaba encuadrada en una cabellera tan bella como el ágata. Eran rizados esos bucles prodigiosos, y algunos de ellos, escapándose por debajo del sombrero, le rozaban la mejilla, bañada en el fresco y delicado color causado por el frío de la noche. Sus labios sugerían la deleitosa promesa de una inefable bienaventuranza. Todo lo que queda de los recuerdos de

la infancia, todo lo que conmueve a la imaginación y abre paso a una dulce propensión a la inspiración en un aposento alumbrado sólo por una bujía vacilante, todo ello parecía haberse mezclado, fundido y reflejado en los hermosos labios de la desconocida. Miró a Piskariov, y el corazón de éste se estremeció de temor ante esa mirada: había cólera en los ojos de la muchacha e indignación en su rostro ante tan insolente persecución; pero hasta la cólera resultaba fascinante en ese semblante encantador. Abrumado por la vergüenza y la timidez, se paró en seco, con los ojos fijos en el suelo. ¡Pero no! ¿Cómo podía perder a esta divinidad sin saber en qué santuario había bajado a alojarse?

Éstos eran los pensamientos que cruzaron por el magín del joven soñador; y así, pues, decidió seguir a la muchacha. Pero a fin de pasar inadvertido, se mantuvo a gran distancia de ella, mirando como si tal cosa a uno y otro lado y examinando los letreros, pero sin perder de vista un solo paso de la desconocida. Ya empezaban a escasear los transeúntes y la calle estaba más tranquila. La bella muchacha se volvió de nuevo para mirar, y esta vez le pareció a él que una leve sonrisa se dibujó en sus labios. Él se estremeció de pies a cabeza, sin querer dar crédito a sus ojos. ¡No, no podía ser verdad! De seguro que había sido la engañosa luz del farol callejero la que había producido la ilusión de una sonrisa en los labios de ella! O bien era su propia fantasía que se burlaba de él. Apenas podía respirar del exaltamiento que sentía; todo en él se trocaba en una especie de agitación indefinida; todas sus sensaciones parecían haberse inflamado de repente, y ante sus ojos parecía ahora surgir una niebla. Sentía que la

acera se movía bajo sus pies con singular rapidez; los carruajes y sus caballos galopantes parecían inmóviles; el puente se alargaba y su arco estaba a punto de quebrarse por el centro; las casas estaban invertidas; la garita de un centinela venía tambaleándose hacia él; y la alabarda de su ocupante, junto con las letras doradas de la muestra de una tienda y las tijeras pintadas en ella, cruzaron al parecer brillando por delante de sus pestañas. Y todo esto fue causado por una sola mirada, por la sola vuelta de una bonita cabeza. No veía nada, no oía nada, no atendía a nada; sólo seguía las ligeras pisadas de aquellos adorables pies, tratando en vano de aflojar el paso rápido de los suyos propios, que volaban al mismo compás que su corazón palpitante. A veces se sentía asediado por la duda: aquella expresión del rostro de ella, ¿quería acaso sugerir que no se oponía a que él la siguiese? Y entonces se detenía un momento, pero los latidos de su corazón, la fuerza irresistible y la tensión de todas sus sensaciones le empujaban a seguir. Ni siquiera notó el edificio de cuatro plantas que surgió de pronto frente a él, o las cuatro filas de ventanas iluminadas que se encararon con él todas a la vez, y de pronto se vio forzado a hacer alto ante la barandilla de hierro de los escalones de entrada que parecían lanzarse violentamente contra él. Vio a la muchacha desconocida subir corriendo esos escalones, dar la vuelta, llevarse un dedo a los labios y hacerle señal de que la siguiera. Temblaron sus rodillas: sus emociones, sus pensamientos estaban en llamas; como un relámpago, la alegría le atravesó el corazón, trayendo consigo a la vez la sensación de un dolor agudo. ¡No, no era en absoluto un sueño! ¡Oh, cuánta felicidad podía concentrarse

en un breve momento! ¡Una vida milagrosa entera en sólo dos minutos!

¿Pero no era todo ello un sueño? ¿Era posible que ella, que con una sola mirada podía hacer que le sacrificara su vida entera, que le hacía tan supremamente feliz con sólo acercarse a la casa en que ella vivía..., era posible que fuera tan amable y atenta con él? Subió corriendo la escalera. Ningún pensamiento mundano le turbaba; ninguna pasión mundana ardía en su espíritu. ¡No! En ese momento era puro e immaculado, como un joven casto que todavía anhelaba un amor vago, espiritual. Y lo que en un hombre depravado habría despertado la lujuria, hacía que sus deseos fueran aún más sagrados. La confianza que esa delicada y bella criatura depositaba en él, esa confianza significaba que debía tratarla como un caballero medieval solía tratar a la dama cuyos favores encarnaba en la palestra, y que debía obedecer sus mandatos como un esclavo. Todo lo que en ese momento anhelaba era que sus mandatos fueran los más difíciles de realizar y, con preferencia, que llevaran anejo un grave peligro, a fin de que él fuese volando a ponerlos en ejecución con mayor fervor aún. No dudaba de que un acontecimiento tan misterioso como importante había obligado a la muchacha desconocida a depositar su confianza en él, y que con toda probabilidad se le pediría que prestase algún valioso servicio, y se sentía seguro de poseer la energía y resolución necesarias para cualquier cosa.

La escalera daba vueltas y más vueltas, y sus pensamientos giraban al par que ella. «¡Suba con cuidado!» Una voz semejante a un arpa divina se oyó allá arriba, por encima de él, y de nuevo le hizo estreme-

cerse hasta el fondo de su ser. En el descansillo oscuro de la cuarta planta, la desconocida llamó a una puerta; ésta se abrió y entraron juntos. Fueron recibidos por una mujer bastante agraciada con una bujía en la mano, quien miró a Piskariov de manera tan extraña e impúdica que él no pudo menos de bajar los ojos. Entraron en una habitación, y el artista vio las figuras de tres mujeres en otros tantos rincones del aposento. Una estaba disponiendo naipes sobre una mesa; otra estaba sentada al piano y tocaba con dos dedos una miserable parodia de una antigua polonesa; la tercera estaba sentada ante un espejo peinándose la larga cabellera, sin intentar interrumpir su tocado con la entrada de un extraño. Una especie de desorden desagradable, propio más bien de la desaseada habitación de un hombre soltero, reinaba por doquier. Los muebles, que eran bastante buenos, estaban cubiertos de polvo; una araña había tejido su tela sobre la moldura de una cornisa en uno de los rincones del techo; por la puerta entreabierta de otra habitación vio el brillo de la espuela de una bota y el galón rojo de un uniforme; la sonora voz de un hombre y una risa de mujer resonaban abiertamente.

¡Dios santo! ¿Dónde se había metido? Al principio se resistía a creerlo y se puso a escudriñar los diversos objetos que había en la habitación. Pero las paredes desnudas y las ventanas sin cortinas no sugerían el cuidado solícito de un ama de casa, y las caras ajadas de aquellas miserables criaturas, una de las cuales se sentó justamente frente a él y le miró tan fríamente como si fuera una mancha en el vestido de alguien... todo ello le persuadió de que se había metido en uno de esos lugares inmundos en que el vicio nacido de

una perversa educación y del terrible hacinamiento de la gran ciudad encuentra su cobijo, lugar en que el hombre aniquila y escarnece sacrílegamente todo lo que es puro y sagrado y todo lo que da lustre a la vida, y donde la mujer, que es la hermosura del mundo y el coronamiento de la creación, se convierte en una criatura extraña y equívoca que pierde, junto con la pureza de su corazón, todo lo que es femenino y adopta en una medida que sólo puede causar asco los impúdicos modales del varón, cesando con ello de ser la débil y adorable criatura que es tan diferente de nosotros.

Piskariov miró atónito a la muchacha, como si todavía quisiera convencerse de que realmente era la misma que le había hechizado y que le había hecho seguirla desde la avenida Nevski a este lugar. Pero ella estaba delante de él tan hermosa como siempre; su pelo era igual de lindo, sus ojos no parecían ni una pizca menos divinos. Estaba lozana, ¡tenía sólo diecisiete años! Era evidente que no hacía mucho tiempo que el vicio la tenía en sus garras, pues aún no había logrado rozar sus mejillas; eran tan frescas y mostraban un matiz de un color de rosa tan delicado... ¡Oh, era hermosa!

Permaneció inmóvil delante de ella, y a punto habría estado de dejarse embaucar una vez más de la manera cándida y benévola con que lo había hecho la vez anterior si la hermosa muchacha, aburrida por el largo silencio, no le hubiera dirigido una sonrisa significativa, mirándole directamente a los ojos. Esa sonrisa entrañaba una impudicia patética que resultaba tan extraña e impropia en su rostro como una mirada de piedad en la cara de un funcionario corrupto o un li-

bro de contabilidad en manos de un poeta. Se estremeció. Ella abrió sus deliciosos labios y dijo algo, pero lo que dijo era tan estúpido, tan vulgar... como si la pérdida de la inocencia conllevara asimismo la pérdida de la inteligencia. Él no quiso oír más. ¡Oh, era tan cándido y absurdo como un niño! En vez de aprovecharse de la buena voluntad de la muchacha, en vez de aprovecharse de oportunidad tan tentadora, como habría hecho más de un hombre en su lugar, salió corriendo de allí, bajó la escalera a saltos como un animal salvaje y llegó a la calle.

Con la cabeza gacha y los brazos caídos tomó asiento en su habitación, al igual que un mendigo que ha encontrado una perla valiosa y casi seguidamente la ha dejado caer en el mar. «¡Una belleza como ella! ¡Unas facciones tan divinas! ¿Y dónde? ¡En un sitio como ése!...» Eso era todo lo que podía decir.

Y en efecto, nunca sentimos tan aguda compasión como cuando vemos la belleza alterada por el aliento corruptor del vicio. Si la fealdad fuera la compañera del vicio no nos importaría tanto, ¡pero la belleza, la tierna belleza que en nuestros pensamientos asociamos a la pureza y la inocencia!

La hermosa muchacha que tanto había fascinado al pobre Piskariov era, en efecto, un fenómeno extraordinario y singular. Su presencia en ese horrible lugar y entre esa gente abominable parecía más extraordinaria aún. Sus facciones estaban tan impecablemente formadas, la expresión entera de su bello rostro estaba acentuada por tanta nobleza, que era imposible creer que el vicio había clavado ya en ella sus horribles garras. Debería haber sido la perla de valor inapreciable, el mundo entero, el paraíso, la pose-